

CONVERSACIÓN CON AUGUSTO ROA BASTOS*

por Noé Jitrik

Noé Jitrik

La aparición de *Yo el Supremo* conmocionó la vida literaria latinoamericana; dio lugar a numerosas elaboraciones críticas desde distintos ángulos y aspectos. Uno de los planos de discusión -quizás el más previsible- que *Yo el Supremo* renovó, fue el de la llamada novela histórica, una tradición importante en América Latina. Este libro representó un corte en esa tradición y generó lo que se puede reseñar como un acontecimiento literario, del cual los amigos cercanos de Augusto nos regocijamos enormemente. En efecto, fue para nosotros un acontecimiento extraordinario, interrumpido por lo ocurrido en la Argentina a partir de fines de 1974. Más de veinte años después de la aparición de *Yo el Supremo*, la novela histórica se ha convertido en una especie de lugar común, casi equivalente a cómo fue a mediados del siglo pasado. Estamos asistiendo hoy a un caso parecido, a un "deber ser" de la novela histórica, que se ha vuelto ya un fenómeno de mercado. Se publican novelas históricas a raudales, hay escritores que están hurgando para ver cuál es el personaje que todavía no ha sido tratado, algunos investigan y encuentran situaciones históricas que valen la pena. Las novelas históricas motivan premios y ediciones. Aparentemente, hoy es una apuesta "segura" para los novelistas actuales. Esa seguridad está -me parece- en el punto opuesto a la aventura y al riesgo que implicó, que implica *Yo el Supremo*, que fue una especie de entrada en una tierra literaria desconocida, vibrante y peligrosa. ¿Qué pensás, Augusto, cómo ves este fenómeno de la novela histórica actual?

Augusto Roa Bastos

Siempre pensé que en el Paraguay el recuerdo del pasado era el único futuro que teníamos. Gaspar Rodríguez de Francia fue en cierto modo un arquetipo del

* Esta conversación con el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos se realizó en la sala Ángel Rama del Instituto de Literatura Hispanoamericana en mayo de 1998 y fue coordinada por Noé Jitrik.

poder supremo. Con la ventaja de ser dueño de vidas y hacienda, sólo tuvo sin embargo dos ejecuciones, la de su ayuda de cámara, que le había robado una moneda de oro, y la de otro criminal. Francia no se distinguió por esa especie de fatalidad del poder que tiene que vivir a costa de matar a otros, como sigue ocurriendo hasta hoy. Ese fue un poco el origen de la novela: tratar de encontrar en el laberinto de la historia paraguaya. La historia oficial del Paraguay está hecha con la mentalidad de los vencedores de la guerra del setenta. Siempre hubo una contradicción curiosa y dramática también de que los derrotados en una guerra que fue devastadora para el país hayan asumido la mentalidad histórica de los vencedores de aquella triste guerra y que hayan escrito desde ese ángulo de interpretación. De todas maneras, algo queda de todo eso para los que trabajamos la ficción imaginaria. Yo creo que la historia es también una historia de ficción. El único elemento que la distingue de otras ficciones es que trabaja con documentos, pero se puede probar que con los mismos documentos se pueden escribir historias completamente distintas. Es un ejercicio de ficción honorable, creíble, no como el nuestro que se basa en los caprichos de la imaginación. Es difícil para un autor comentar su propia obra. Si la hubiera conocido, no la habría escrito o la habría escrito de otra manera. Lego la responsabilidad de la interpretación a otros. Puedo sí contar lo que la originó. Resulta que en el curso de la escritura de esta novela se mezclan recuerdos de familia, de historias. Mi padre, cuando me quería castigar moralmente, levantaba el índice y me decía "Pará un poco, vas por mal camino, vas a ser el futuro doctor Francia" ... "pero no vas a ser dictador, te van a colgar". Era una especie de transposición de la función del poder. Yo escribí sobre un imaginario doctor Francia que no tiene nada, nada que ver con el personaje histórico real. Por una simple razón: no hay absolutamente un solo dato biográfico de él. He inventado todo. Lo único que se sabe son versiones que nos llegan por tradiciones familiares. Una de esas historias es la de un ascendiente de una familia muy enemiga de este dictador (cuyo apellido omito para no exponerme a un pleito), que había estado preso muchos años en las mazmorras de Francia (que no eran exactamente mazmorras; hablan de grandes sótanos que debían ser los de Córdoba porque en Asunción no había un solo pozo bajo las casas). Este señor contaba que entró en el cuarto de gobierno donde se velaba el cadáver de Francia, le cortó la cabeza, la puso en una de esas latas de fideos que tienen un vidrio redondo transparente y se paseó con ella por las calles de Asunción. Debió ser un espectáculo interesante -no desde el punto de vista culinario- sino como el espectáculo de una venganza turística. Finalmente parece que se cansó y la arrojó al río. Esta es una de esas tantas anécdotas. Aparte de estas múltiples versiones, nada se sabe de Francia salvo los datos de la crónica oficial. Yo traté de investigar seriamente el asunto: fue imposi-

bie. Hay como 16.000 legajos en el Archivo, carcomidos por las polillas, la humedad, el tiempo. De esos 16.000 legajos parece que los investigadores revisaron sólo 3.000. Cuando vieron que todos eran más o menos iguales, no había razón de seguir y desistieron.

En realidad yo no soy historiador, tengo muy poca inclinación a hacer investigaciones. Prefiero inventar, es más cómodo. A veces uno acierta por casualidad. Cuando me dicen que escribo novelas históricas, yo contesto que hay una pequeña confusión, que yo escribo novelas antihistóricas. Después me escudo por el lado de que es necesario ver el revés de la trama, la historia del otro lado, desde el punto de vista de la invención, la imaginación ... Hay personajes que, aunque no tengan una historia escrita, han dejado una especie de sedimentación de su personalidad, sus modos de ser. Se sabe mucho, por ejemplo, de la caligrafía de Francia. Con respecto al apellido, había también un pleito que tenía que ver con el origen de Francia. Algunos sostenían que era portugués; otros, brasileño. Francia se escribía antes França, con cedilla.

Comentario

Pero muchos investigadores del Paraguay han aprobado su obra.

A. R. B.

Bueno, se sabe poco; no hay posibilidades de disentir demasiado ... tenemos buenos amigos historiadores. Además, yo les he ahorrado un buen lote de trabajo insalubre. Cuando ellos querían entrar en el terreno de la crítica, yo les preguntaba "¿pero la historia no lleva también el sello de la ficción? Yo utilizo referencias de libros pero también datos de tradición oral que son tan discutibles como los documentos que ustedes manejan". En fin, fue una discusión un tanto inútil y no prosperó. El libro, pese a todos los avatares, resultó simpático por aquello de que nuestra historia está invadida por los dictadores. Pienso que el dictador no es la única imagen del poder. ¿En qué medida el pueblo mismo que padece un dictador lo ha ayudado a llegar al poder? El caso de Francia es singular porque él entró en la historia paraguaya como uno de los sectores de la Independencia del 1811. En 1816 ya era dictador. Se da la paradoja de un país que logra su independencia y su supuesta libertad bajo una dictadura perpetua. Esta es una buena figura para reflexionar sobre lo que tiene el poder como totalizador y a veces también como ácido corrosivo de una sociedad. Esa época oscura del tiempo de Francia es un almácigo magnífico incluso para los que quieren hacer una filosofía de la historia. Hay algunas tentativas muy interesantes de parte de gente joven que está trabajando en esa dirección.

N. J.

Vos hablabas sobre el tema de la servidumbre voluntaria, que tiene mucho que ver con el despotismo ilustrado. Francia podría ser un buen ejemplo de un ilustrado que al mismo tiempo fue un déspota.

A. R. B.

Un despotismo que dosificó la libertad. En el tiempo de Francia, la instrucción primaria llegaba solamente hasta el tercer grado. El pueblo mantuvo una especie de candor colectivo que es un poco la característica de los pueblos aislados. El Paraguay es un país mediterráneo, está entre ese doble cerco de la mediterraneidad y el poder supremo. Francia no dejaba entrar ni salir a nadie. Uno de los prisioneros ilustres de Francia, Bonpland, estuvo preso, fue liberado y no quiso irse. Se quedó, fundó una maternidad. Hay episodios en esta historia que son casi incomprensibles, que lindan con la fantasía. Los que escribieron la historia paraguaya fueron los viajeros. Algunos viajeros se sentían atraídos por Paraguay por una especie de magia primitiva. La posibilidad de que este país pudiera adelantar sin perder su identidad, su forma de ser, quedó muy rápidamente postergada por las dictaduras y creó una tradición de poder y una tendencia atávica de delegar su destino en manos de los poderosos. Quizás sea éste un ángulo propicio para ver la acción de las dictaduras sobre un pueblo en formación. Paraguay tiene una doble ruptura: el aislamiento geográfico y el terrible aislamiento de una cultura bilingüe. Hay zonas en las que predomina el guaraní. Viajeros que llegaban al Paraguay se encontraban con que tenían que aprender el guaraní. La cultura bilingüe es una desventaja y a la vez una riqueza del país. La cultura paraguaya es una cultura oral. Siempre ha predominado el guaraní. Los jesuitas establecieron el guaraní como lengua general en las misiones. Esta lengua es increíblemente adelantada, con una gramática, según los lingüistas, increíblemente compleja, en algunos casos, incluso, más compleja que la gramática de nuestra lengua. Eso es muy raro en una cultura que no llegó a la escritura, que no tuvo la oportunidad de recibir aportes nuevos. Hoy en día no hay realmente una literatura escrita en guaraní, salvo el Cancionero popular, algunos recopilaciones antropológicas ...

Comentario

Es interesante cómo perduró y se expandió la lengua en la toponimia.

A. R. B.

También hay que entender que ese poder de expansión que tuvo el guaraní no se debió solamente de la etnia local sino también el tupí-guaraní brasileño. Hay toponimia guaraní inclusive en el Caribe.

Roberto Ferro

Yo quisiera retomar su respuesta a la primera pregunta de Noé. ¿Cree acaso que es posible narrar sin ficcionalizar?

A. R. B.

El género narrativo, en cualquiera de sus formas, tiene mucho que ver con las personas y con los nombres. En la novela uno de los personajes puede ser también el narrador. Fíjese que hay un problema muy grande de la historia con los pronombres. Un historiador no puede enfatizar el "yo", porque de alguna manera está anulando la pretensión de cientificidad de la disciplina histórica, está borrando la supuesta neutralidad del historiador. Este es un detalle si se quiere insignificante. Lo que importa es lo que usted dice: la historia necesita narrar, es narración. Los medios para narrar no son ilimitados. Uno usa las herramientas de las que dispone, incluso aquellas que tienen más prestigio. Hay historias -las buenas- que se leen como buenas novelas.

Pregunta

Usted había manifestado que le interesaba la figura de Madame Lynch para hacer una novela.

A. R. B.

Ya está hecha. En lugar de una novela -con la edad, uno va teniendo cada vez más pereza- decidí hacer una obra de teatro. Este personaje tuvo una enorme influencia sobre el Mariscal López. Creo que ella sabía mucho más de estrategia que él, que era un hombre de un gran poder y de un gran talento literario. Las cartas del Mariscal López a sus hijos son realmente conmovedoras. Para aquel tiempo son un modelo de género epistolar. Era un hombre de gran sensibilidad; el poder lo endureció, como si el poder tuviese el efecto de convertir a la gente sensible en gente muy dura, muy cristalizada.

N. J.

Tal vez sea comparable al caso de Natalicio González, quien empezó como un liberal reformista y terminó convirtiéndose en un dictador. Natalicio González fue el editor de Macedonio Fernández y fue también un tirano...

A. R. B.

... y uno de los más grandes ladrones del Paraguay ...

N. J.

... hasta le robó los derechos de autor a Macedonio, cosa que no debería asombrar a nadie.

A. R. B.

Son cosas que lamentablemente se producen en nuestros países latinoamericanos. Hoy se avizora una posible restauración del poder autoritario y reaccionario. Hay serios riesgos. Lo que me asombra a mí es que una colectividad que ha sufrido mucho la acción de estos hombres fuertes no haya tomado la conciencia de ese peligro. Ahora, veo que la gente, en general, no advierte ese riesgo, como si se tratara de un atavismo el dejar que la fatalidad decida, dejarle el trabajo al destino. En parte a mí me interesa ayudar a crear la conciencia del riesgo dictatorial, autoritario y, sobre todo, reaccionario. Esta última es una palabra que considero clave. No hay, desafortunadamente, un equilibrio entre poder y democracia. A pesar de más de medio siglo de gobiernos dictatoriales fascistas militares. Hay todo un sector, que es el mismo que acompañó al poder desde los tiempos de Higinio Morínigo, que está muy propenso a mantener una situación de poder absoluto. Yo estoy trabajando mucho con los jóvenes y con los niños en Paraguay. Ya hace un año que he venido y estoy entregado a ese trabajo. En ellos está intacto el sentido de un país a través de su gente y sus costumbres, con la lucidez tremenda de los niños. El contacto que ha generado el mundo de las comunicaciones ha ayudado a integrarlos con el resto del mundo. Estoy trabajando con talleres de cuentos infantiles para chicos, más que para enseñarles a escribir cuentos, para abrirles un camino en el que puedan descubrir elementos de cultura general. A los talleres asisten chicos de entre cinco y doce años aproximadamente, acompañados por los docentes y por sus padres. Es una mezcla muy linda de gente adulta con niños muy chicos. En uno de los últimos encuentros, vino un chico de unos cinco años y me dice "yo también traje mi cuento". Me da un papel muy doblado, lo despliego y veo el calco de la mano izquierda en un lado y de la mano derecha en el anverso. "Es un cuento con ilustraciones, veo que no le has puesto título ni la palabra fin". "¿Para qué sirve eso? -me contesta-, si en el cuento está todo". "Bueno, ¿pero qué título le pondrías?". "Yo le pondría 'A mis amigas'". "¿Por qué 'A mis amigas'?". "Bueno... porque ellas me dan de comer". Se les ve a esos niños en los ojitos el brillo de la necesidad de vida. Si uno se pone a pensar que en este duelo inmemorial entre las leyes de la vida contra las leyes de la muerte, siempre triunfan, hasta que no se demuestre lo contrario, las leyes de la vida. Esa sensación me la dan los niños.

Pregunta

¿Qué sugerencias les darías a aquellos que empiezan a escribir?

A. R. B.

Que sigan leyendo. No es la primera vez que hago este chascarrillo. ¿Qué puedo hacer para escribir? Primero leo; no se puede escribir sin haber leído antes. La necesidad y la avidez de escribir son grandes. Uno quiere escribir ya. Para eso es bueno que se hagan primero ensayos. El arte en la tradición occidental ha sido siempre un fenómeno de imitación: no se puede imitar lo que no existe. Creo por eso que es necesario pasar poco a poco de la imitación a la creación. No se ha agotado el caudal de nuevas formas, de nuevas combinaciones. Uno las supone limitadas, pero a la vez puede pensar en cantidades astronómicas de combinaciones, aun cuando se puedan bifurcar y repetir. Entrando en el mundo de la ficción, ¿qué significa narrar una historia? Todos empezamos sin tener la menor idea de lo que es. Por suerte, no todo se escribe; si así fuera no tendríamos historias. Prefiero contar experiencias de vida porque no sé teorizar, no he nacido con el don de la abstracción. Yo les sugerí a los chicos tomar uno de los cuentos más conocidos por ellos, "La caperucita roja", y hacer variaciones sobre ese relato. Surgió una capacidad de invención muy linda.

N. J.

Tengo la impresión de que *Yo el Supremo* es un libro de exilio.

A. R. B.

Esa fue la última obra que escribí aquí en Buenos Aires, cuando mi destino era incierto. Tenía que emigrar. Último libro en Buenos Aires: de manera que había un doble exilio, uno ya cumplido y otro inminente. América -y quizás Paraguay sobre todo- es una tierra de exilio. Muchos de quienes se han destacado han estado afuera. Aquí en la Argentina desde la generación de los proscriptos. El Paraguay, en un momento dado, tuvo más de la mitad de su población afuera, algunos desterrados, algunos en busca de trabajo o un mejor destino. De todas maneras, hay siempre una tendencia al regreso.

Pregunta

¿Cómo ha sido su regreso?

A. R. B.

Ha sido un momento muy añorado por mí. El Paraguay siempre fue para mí una tierra de paso, de pasaje. Yo me crié en un medio campesino. Eso crea víncu-

los muy fuertes, con la fuerza vital que tiene la naturaleza en todas partes. Aquí en Buenos Aires yo nunca me sentí realmente exiliado. Para mí Buenos Aires fue una especie de beca honorífica; aquí completé mi formación, mis lecturas. Aquí conseguí todos aquellos libros que yo había soñado leer como *El tratado de la divina proporción* de Nicolás de Cusa. Tenía una referencia mítica de este libro. Aquí leí a Faulkner. En la historia de la literatura latinoamericana tendría que destacarse más el papel que cumplió y que cumple la Argentina como foco de irradiación. Esta experiencia en Buenos Aires creó en mí una gran devoción por la lectura, no sólo de libros, sino el arte y el aprendizaje de leer los signos. En Asunción estoy dando un curso que se llama "Sociología de la lectura", para desmitificar esa creencia de que el libro como la cultura son actividades solitarias. No hay nada más social que un libro. Veinte personas leen un libro y están de alguna manera unidas, a pesar de que no se conozcan: ésa es parte de la magia profunda que tiene la lectura. La lectura es una vía de conocimiento amplia: el aprendizaje del arte de descifrar signos que no está limitado solamente a la literatura ni a la ciencia de la literatura.

N. J.

Cuando estabas escribiendo *Yo el Supremo*, me comentabas que estabas fascinado por la lectura de Jakobson. No es que él esté citado en la novela, pero uno no puede dejar de pensar en la relación con los signos de la escritura, con todo un aspecto signico presente en *Yo el Supremo*.

A. R. B.

En ese tiempo yo sentía necesidad de leer, más que novelas, aquellas corrientes semiológicas que habían aparecido, en mi caso, no como material de estudio sino como una especie de apoyatura. No se puede ya a esta altura de la cultura simular no saber; hay que aprender todo lo que se pueda. No se puede traficar ya con esa idea del creador natural. Hay que saber; hay gente que ha dedicado su vida. Uno va armando una pequeña biblioteca de fragmentos. Siempre es necesario aprender.

Transcripción y edición: Nicolás Lucero